

mucho más notables por la influencia general del foraterismo que distingue a la Villa y su estanco, al alcance y al paso de todo el mundo, con espíritu servicial y permanente simpatía.

El estanco fue el amor de estas mujeres y el paraíso de sus ilusiones, sin atenuaciones por irradiaciones familiares, con una dedicación plena y permanente consagración y motivo de relaciones amistosas de especial atención, sobre todo en la época de la Clotilde, destacada actuante en los grupos artísticos que tanto removían la localidad, época de especial y saludable alegría y simpatía singular, mujeres las tres espabiladas, dúctiles y a su manera conformes y dichosas, sin llevarse quejas la una de la otra por saber darles su corriente a todas con el afán de lo que se goza.

La Marina se crió en la casa donde empezaban las pasaeras y vió de correr desde niña el agua de todas las avenidas para no asustarse de lo que caía, porque siempre vió que pasaban las nubes, como las trifulcas de la plaza.

La plaza de la fuente, tabernas, barberías y tiendas variadas de las que por las mañanas salían a la plaza, lotería carnicería y viviendas de gente placera.

La mayoría de los placeros llegaron a ella al amparo de los consumos y de la corredería, aunque ya siguieran allí seducidos por el ambiente y por la comodidad, pero los hubo nativos, criados por la misma plaza y con toda su majeza y cualidades, de lo que fue ejemplo, Juanillo Junquillo. (Juan Sánchez Lizcano) también reseñado ya como la Clotilde, por propio merecimiento. Criado entre las banastas de los vendedores, fue un símbolo de la plaza que él fortalecía con su presencia todas las mañanas, como el estanco era parte de la plaza donde como en ella se hablaba de todo y todo se sabía, hasta lo que no había pasado pero podía pasar y sucedería a la fuerza por lo que se deducía de las más finas conjeturas de los ruidos casi imperceptibles y los movimientos silenciosos del personal,



De las tres estanqueras, las tres de mediana estatura para abajo, la Tomasa fue la más delgada, la más cetrina, la menos expansiva, aunque intencionada e incisiva. La Clotilde la más retaqueta, la más rechoncha y la más expansiva. La Marina la más afectiva, ni gorda ni flaca, en un buen medio que tenía en la boca la expresión de su alma, aunque lo demás de su cara fuera el espejo de ella como en todo el mundo.

Para compensar su estatura, la Clotilde, ya un poco desenvuelta de caracterizarse en los grupos artísticos, se modernizó el peinado cuando se estilaba ahuecarse el pelo rellenándolo de crepé y se hizo una gran corona que llevó toda su vida sin que por eso subiera un palmo del suelo porque todo lo tenía bajo tierra.